

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 264

Proclama a los franceses, y descripción del carácter de Bonaparte

Proclama a los franceses, en que se les hace ver la chocante contradicción entre sus doctrinas y su conducta servil, que sufre el despotismo feroz de Bonaparte, y se describe el carácter de este monstruo

Pueblo generoso, ¿no eres hoy aquel mismo pueblo, que en 91 y 93 proclamó a la faz del universo la solemne declaración de los derechos del hombre? ¿No eres el mismo, que deseando vivir bajo el imperio solo de la ley, emprendió una lid sangrienta, y llegó a la cumbre de la gloria al través de todo género de obstáculos, a costa de sacrificios inauditos, con el fin único de conquistar la libertad, la igualdad, la independencia? ¿No eres aquel mismo pueblo que ofreció al mundo no tomar las armas para ninguna conquista, ni hacer uso de ellas sino para su propia defensa, o para la protección de los pueblos libres u oprimidos que la implorasen, sin mezclarse en los gobiernos de las otras naciones? Sí; tales fueron entonces tus sentimientos y sublimes concepciones; y la España cree, que estos mismos sentimientos ocupan todavía el corazón de la mayor y más sana parte de todos tus habitantes.

Pero, ¿por qué fatalidad no has disfrutado un momento de tan decantados derechos? ¿Por qué encadenamiento de desgracias has caído bajo el peso del más feroz despotismo; y olvidando la dulzura de tu carácter y amenidad de tus modales, has venido a ser un pueblo de árabes o bándalos, que lleva la desolación y la muerte sobre la faz de la tierra, trastornando los gobiernos libres y oprimidos, y atacando a tus más fieles amigos y más

íntimos aliados? ¡Oh miserable condición de los mortales! La perfidia y la maldad prevalecen de ordinario sobre el candor y la virtud.

La imprudencia en cortar de un golpe todos los lazos sociales precipitó la Francia en la mayor anarquía, en el caos más turbulento y agitado de cuantos menciona la historia. No se presentó un Washington, un Franklin. Y los jefes de las facciones, más crueles que los tigres, bajo los augustos nombres de patria y libertad, regaron aquel precioso suelo con la sangre de la inocencia y la virtud, y la mancharon con todo género de crímenes. Pero a lo menos conservaron una constitución, que mudadas las circunstancias pudiera tal vez salvar la libertad y la patria.

Vino después un tirano astuto, el genio del mal, Bonaparte; y a pretexto de sofocar las facciones, acabó con ellas, con la patria, con la constitución y la libertad; y erigiéndose en menos de cinco años en déspota el más absoluto de la tierra, corrompió en un decenio las costumbres públicas, y desnaturalizó el carácter francés, exaltando su espíritu militar al grado de la fiebre de un frenético, que se consume en sus convulsiones, y destruye cuanto se encuentra en la esfera de su alcance. Y haciendo uso, (o por mejor decir el más desenfrenado abuso) de una fuerza tan grande y tan exaltada; y poniendo en juego todas las tramas de la astucia y la perfidia, al principio con simulación y después con el más impudente descaró, sentó las bases para erigir su trono sobre todo el Occidente.

Es verdad que para ello debe sufrir el continente de la Europa todos los estragos y hasta la misma barbarie que sufrió con la invasión de los hunos y los bándalos. Pero no importa; todo debe ceder a la gloria del héroe de la Francia; todo obstáculo, sea el que fuere, debe sacrificarse en las aras de su ambición. Los franceses por una parte encadenados con su misma fuerza militar, y con una policía tan numerosa y vigilante, que no ha tenido ejemplar en ninguna sociedad; y por otra deslumbrados con la brillantez de las victorias,

que alimentan el orgullo y la presunción nacional; los franceses, dice Bonaparte, sufrirán el yugo entretenidos con las magníficas frases de la nación; altos destinos de la Francia; prosperidad; goce de las colonias españolas; humillación de los ingleses, y otras semejantes. Los otros pueblos nada significan. Consumidos y degradados por el desorden de sus antiguos gobiernos; recibirán el yugo que les imponga el vencedor de Marengo, Gana y Austerlitz. Si algún pueblo, conociendo que el despotismo extranjero produce en diez años más estragos que el despotismo propio en diez siglos, conserva aún energía para resistir; se le exterminará, como dice Murat, con la irresistible fuerza de sus ejércitos.

Sí franceses; tal es el resultado de vuestra famosa revolución del 18 brumario año VIII (9 de noviembre de 99). Él no podía ser otro, como podréis juzgarlo por los hechos, que desnudos de los coloridos y sombra de la lisonja, se presentarán en su punto de vista natural.

Bonaparte comenzó esta obra desamparando el ejército de Egipto, tal vez de acuerdo con el enemigo, como algunos lo creen, y la Francia perdió el ejército y aquella preciosa conquista, que él podía conservar por su talento y su fama, indemnizando a la patria de la pérdida de los tesoros, de la escuadra y de treinta mil franceses que perecieron en ella; y dejó sepultado el Egipto en un mar de calamidades, privando a aquel recomendable pueblo, maestro antiguo del género humano, de los bienes que debía esperar de la humanidad francesa.

En Paris maquinó con Sieyes y Tayllerand la referida jornada del 18 brumario; y en ella insultó la majestad del pueblo francés, y la acabó del todo, arrollando y destruyendo con la mayor impudencia la representación nacional más solemne y más legítima de cuantos refiere la historia, usurpando justamente toda la autoridad de la nación. Y aunque la adulación emplea todos los resortes de la elocuencia, para persuadir al mundo que fue obra

de la nación francesa; el mundo ve bien, que Sieyes y Tayllerand no eran la nación francesa; que ella deseaba vivir libre, o bajo un gobierno limitado; y que no pedía mudar instantáneamente una opinión, que había sostenido hasta entonces con los mayores sacrificios. Verdad es que aprobó después la constitución del año VIII. Pero también aprobó la prorrogación de por vida del consulado de Bonaparte (aunque hubo ocho mil generosos patricios que votaron lo contrario). Él toleró los senadoconsultos ulteriores, que fueron preparando el del 28 floreal año XIII que trasfiere a Bonaparte el imperio francés hereditario bajo ciertas formas, que debían reprimir de algún modo el despotismo. Y ha tolerado y tolera el abuso que hace el emperador de estas mismas formas, abrogándose la autoridad de legislador absoluto, con desprecio de todas las constituciones. Su aprobación y tolerancia fueron extorcidas por la astucia y por la fuerza, después que había perdido su representación y libertad.

Hecha la paz de Amiens, Bonaparte trató de recobrar a Santo Domingo, teniendo en su mano todos los medios imaginables para asegurar el suceso; este suceso fue funesto, porque deseando exaltar a su cuñado y deshacerse de los militares que le incomodaban, envió (dicen los escritores franceses) un general sin talentos, y un ejército compuesto de oficialidad descontenta y de las heces de los demás ejércitos, por cuya causa 17,000 franceses perecieron bajo la cuchilla de los negros; cuya venganza se permitió después todos los horrores propios de su ferocidad, exterminó todos los blancos de la isla franceses y españoles; y la Francia perdió para siempre aquella rica colonia, antiguo manantial de su prosperidad.

Entonces pudo cubrirse de una gloria inmoral, como dijo Carnot, dando la libertad a la Francia. Pudo curar sus llagas, conservando la paz general; pero el corazón del déspota ambicioso es incapaz de sentimientos liberales y generosos. Aborrece la paz, porque se

opone al espíritu de dominación que lo devora. Ama la guerra, porque ella le proporciona los medios de conservación y engrandecimiento. Y así es, que Bonaparte sin licenciar un soldado, se quedó con setecientos mil combatientes sobre las armas en actitud guerrera, dando motivo a los ingleses para negarse a la evacuación de Malta; islote despreciable en la balanza de los intereses de la Francia para una guerra sangrienta, que la atrajo la pérdida de sus colonias, de su marina, de su comercio, de su industria, y de un millón de hombres de su más preciosa juventud; y que Bonaparte debió sacrificar a la paz para fijar sobre sí la confianza y la admiración de la Europa, y consultar al recobro de sus colonias y restablecimiento de su comercio y marina, que debía estar en el día en un estado floreciente. Si el marqués de la Ensenada puso a un tiempo en quilla (en el año de 54) veinte navíos de línea, que flotaron a los ocho meses, con solos trece millones de pesos, a que estaba entonces reducida toda la renta de España, ¿cuántos pudo haber construido Bonaparte en ocho años con ciento y treinta, o ciento y cuarenta millones de la misma moneda de renta anual, y con otros recursos inmensos que no tenía Ensenada? ¡Qué perspectiva brillante presentaría hoy la Francia! ¡Qué poco debía temer de su rival la Inglaterra! Pero Bonaparte nunca pensó en la felicidad de los franceses.

Ocupado solamente de su ambición y su familia, aprovechó con ansia este motivo de discordia. Dividió sus ejércitos, dejando la mitad sobre las fronteras de la Austria y la Prusia, con el intento que manifestó después, y con la otra mitad erizó la Francia de bayonetas, bajo el especioso pretexto de un desembarco en Inglaterra, y con manifiestos, campamentos y la famosa escuadrilla de Boloña, entretuvo por tres años la vivacidad francesa, a fin de apartar su atención de las maniobras secretas, con que preparaba el senadoconsulto del 28 floreal año XIII, esto es, la cuarta dinastía de la Francia, objeto primario de todas sus medidas.

En este tiempo arrojó la máscara, y se propuso invadir todas las demás naciones. Violó la fe prometida a su hija primogénita la república Cisalpina. Erigió el reino de Italia; y ofreciendo a la Europa que en la paz pasaría a otra mano y nunca se reuniría al imperio francés, a pocos meses, violando también esta promesa, lo declaró una provincia de este imperio. Y como entre tanto se iba descubriendo la ilusión del quimérico desembarco de Inglaterra; aceleró la guerra de la Austria, ya preparada de antemano por la posición del ejército sobre sus fronteras; y trató de asegurar el suceso por la traslación del otro ejército desde las costas del norte a las orillas del Rhin, por sus inteligencias secretas con los generales austriacos, y más que todo, por dolosas promesas al rey de Prusia, que de otra suerte le hubiera cortado la retirada y hecho prisionero con todo su ejército en la famosa batalla de Austerlitz. Seguidamente invadió el reino de Nápoles por la razón suficiente de la fuerza, cohonestada con un manifiesto lleno de las más negras calumnias. Y en el concepto seguro de que el emperador de Alemania, debilitado por una parte y resentido por otra, no saldría a la defensa de la Prusia, se resolvió a atacarla; (en los manifiestos de la Austria y la Prusia se demuestra quién fue el verdadero autor de estas guerras). Siguiéron pues las gloriosas campañas de la Prusia y la Polonia, que costaron a la Francia más de trescientos mil hombres y ochocientos millones de francos; pérdida bien compensada con la colección de cuadros, que expuestos en el museo Napoleón, ceban el orgullo francés, que se complace en ellos diciendo: *estos son los trofeos de nuestras conquistas*.

Quitó después la libertad a los holandeses, y les puso un rey imbécil que detestan por el título y la persona; destruyó las pequeñas repúblicas de Italia; y las leyes y la independencia de los suizos, único pueblo del continente que vivía libre y feliz; y los metió en la anarquía, para quitarles la libertad cuando les parezca oportuno. Despojó sin causa ni pretexto al Santo Padre de los estados pontificios. Sorprendió en territorio ajeno al duque

de Enguien, príncipe digno ciertamente del trono de la Francia, porque inquietaba al usurpador por sus derechos, sus virtudes y talentos militares; y lo asesinó en París con la infamia que es notoria, y de que aún se avergüenzan todos los franceses. Hizo concurrir a Carlos IV al destronamiento de sus hijas la reina de Etruria y princesa del Brasil, por el infame tratado de Aranjuez, que ejecutó antes de ratificarlo, apoderándose de sus estados; y lo despreció después en todo lo demás. Violó a principios de este año el tratado de paz con la Austria, ocupando la orilla derecha del Rhin, que declaró parte integrante del imperio francés, demoliendo las plazas y dejando a la Alemania sin barrera alguna en sus confines. Y este es el primer paso para la invasión de la Austria en la primavera próxima. Finalmente ocupó la España y la Dinamarca por medios indecorosos y viles, que perpetuaran su memoria en las generaciones futuras.

Este déspota corrompió como Sila la moralidad del ejército, cuidando solamente de exaltar la intrepidez militar y la adhesión a su persona, por la impunidad de todos los crímenes a generales, jefes y subalternos, que han venido a ser unos caníbales feroces, que degüellan sin piedad, e insultan sin pudor la religión, la propiedad y la honestidad de las mujeres, sin excepción de las vírgenes consagradas a Dios, que los bándalos respetaban: fijándolos más y más en sus intereses por medio de instituciones, que ligan al servicio militar las grandes dignidades, los gobiernos, la administración de la renta pública, de la policía, y aun de la justicia, los honores y consideración pública, con exclusión casi absoluta de los demás ciudadanos, que se hallan como los hilotas de Esparta, condenados al trabajo y las fatigas para mantener el fausto y la grandeza de los militares. Y corrompió juntamente las costumbres y moral de toda la nación, por la violación continua de los tratados de paz, de las promesas públicas y empeños particulares, por sus tramas pérfidas, robos y alevosías; siendo ya muy sensible la influencia de tan mal ejemplo en el trato y

modales de los franceses, y aún mucho más en la buena fe del comercio, como testifica su respectivo código.

Despojó desde su origen de toda autoridad real y efectiva al tribunado, al consejo legislativo y al senado, dejándoles solamente una representación ilusoria, para deslumbrar la nación y apoyar su despotismo tan irritable y celoso, que suprimió el tribunado por haberle indicado que la duración de la guerra causaba la ruina de las naciones, esto es, porque una sola vez trató este tribunal de cumplir con sus funciones naturales, y oprimiendo la libertad de la prensa, oprime al mismo tiempo la libertad de hablar y desahogarse los unos ciudadanos con los otros, sofocando de esta suerte la opinión pública, este tribunal justo y temible, que tanto sirvió en los otros gobiernos para asegurar el acierto y rectificar los errores.

¡Cosa admirable! Bonaparte conduce la gran nación a la prosperidad y altos destinos que le son debidos, por las mismas medidas que dictaría el gobierno inglés, teniendo facultad para ello y hallándose poseído del maquiavelismo que se les supone. En efecto, él ha degollado en diez años más de un millón de franceses, y otros tantos alemanes, rusos y polacos. Ha trabajado la Francia con una contribución anual de setecientos a ochocientos millones de francos. Ha devastado las otras naciones continentales, que tenían relaciones con la Francia. Le ha perdido para siempre la colonia de Santo Domingo; y la ha puesto en estado de que no pueda gozar las otras que todavía conserva. Él perdió asimismo su marina y la de sus aliadas la España y la Holanda, que todas perecieron o cayeron en manos de los ingleses por su imprudente dirección. Con el quijotesco bloqueo de las posesiones británicas, ha cerrado las puertas y extinguido todos los manantiales de la prosperidad del continente. La Francia ha sufrido mucho en su población y en su floreciente agricultura; ha perdido dos tercios de su industria y comercio continental, y todo el comercio marítimo.

Las demás naciones han sufrido respectivamente los mismos resultados; y expuso finalmente la España a la pérdida de sus colonias, que sellaría la desgracia de todo el continente. Pero al mismo tiempo esta conducta de Bonaparte dio ocasión a los ingleses para aumentar su población, y elevar su industria, comercio y marina a un grado de prosperidad y fuerza real, que ellos mismos jamás creían posible. Juzgad pues, franceses, si el mismo Pitt hubiera dictado otras medidas diferentes.

Recorred después con ojo imparcial y atento este bosquejo, que retrata a lo natural el carácter y mérito de vuestro héroe. Vosotros podéis matizarlo con algunos rasgos de su conducta privada en el comercio con el bello sexo. Entretanto ordenad a vuestros senadores geómetras Monge, la Grange, la Place, que se ocupen útilmente, formando series de progresiones geométricas sobre las resultas de los referidos hechos, para que calculen si pueden, la suma de males que ha causado a la Francia y al mundo entero, y la suma de bienes de que los ha privado. Y presentad al mundo el resultado, para que tribute al héroe su reconocimiento.

Sí franceses; toda la Europa admira con asombro vuestra fascinación. ¿Qué debéis esperar del autor de vuestras desgracias sino desgracias? ¿Por ventura ha mudado o es capaz de mudar de plan? Si por la ejecución de este plan ocasionó Bonaparte la elevación de los ingleses, ¿será posible que por los mismos medios ocasione su humillación y ruina? Si las mismas causas producen los mismos efectos, ¿qué razón podrá haber para que en este caso resulten contrarios? Ninguna ciertamente: y así es que los franceses ilustrados no esperan del tirano ni la prosperidad propia ni la humillación inglesa. Esta vana esperanza existía solamente en el vulgo iluso y deslumbrado por la brillantez de los sucesos militares. Pero la ilusión ha desaparecido con el infame atentado de España, no siendo posible que haya un solo francés, que no lo considere como la última prueba de que el tirano ha

sacrificado a su ambición los intereses más sagrados de la patria; y que por otra parte no lo deteste y se avergüence de reconocer al autor por su jefe supremo.

Sí franceses; esta es la ocasión feliz de romper vuestras cadenas. España la asegura; precipitad del trono, arrojad al abismo de la execración y del desprecio a ese monstruo de iniquidad y perfidia. Recoged sus satélites, vuestros hermanos extraviados, al gremio de la ley y de la moral. Ellos escucharán todavía la voz de la madre patria; y cuando no, nosotros lavaremos con su sangre el suelo que han manchado con sus crímenes. No permitáis que prosigan sus atrocidades sobre un pueblo amigo, que ha concurrido de tantos modos a vuestra prosperidad y gloria, y que en este momento mismo protege las vidas y propiedades de tantos otros vuestros hermanos, y conserva fiel, como lo ha hecho en todo tiempo, el depósito de sus tesoros.

Pero franceses; si ya no sois aquel pueblo libre y generoso que creíamos; si una infame servidumbre ha extinguido en vuestros pechos los nobles sentimientos de gratitud, honor y humanidad; si os prostituís indignamente a ser instrumentos viles de la ambición del tirano; sabed que la España de hoy no teme vuestros ejércitos. El pueblo, que acaba de dar al mundo un ejemplo nunca visto de virtud y elevación, no puede ser vencido en la defensa de sus más grandes intereses por otro pueblo degradado. Sabed: que este pueblo generoso, indignado de la más abominable perfidia, que le arrebató su caro rey y su amada independencia; se sublevó casi simultáneamente en las provincias remotas de la corte. Quitó las armas al gobierno intruso; y deponiendo los jefes sospechosos, y degollando los traidores, sin ofender a ningún otro de sus conciudadanos, creó nuevo gobierno. Respetó la obra de sus manos; y al momento se restituyó tranquilo a sus hogares, depositando las armas sobre el altar de la patria; de donde las tomó después, según las formas militares para medirlas con su enemigo en el campo del honor. Quinientos mil voluntarios se alistaron en

quince días; y en sus primeros ensayos han destrozado ya la tercera parte del irresistible ejército francés. Y cuatro ejércitos caminan a destruir los opresores de la capital. Estos grandes sucesos que la historia clasificará entre las producciones de la sabiduría y del valor más heroico, no datan más de un mes. ¡Cuánto podrá hacer en un año!

Respetad pues, franceses, un tan digno pueblo; tomad su ejemplo para dirigir revoluciones. De lo contrario, él jura en la inmutable austeridad de su carácter, que no permitirá en su suelo ningún francés. Romperá con ellos toda sociedad y relación. Las abrirá con los demás pueblos de la tierra. Y levantará en los Pirineos la muralla de la China para separar perpetuamente la Francia degradada de la España ennoblecida.

NOTA.— Formé esta proclama en Cádiz, en donde no la publiqué por una preocupación necia del censor. Pero la remití a la Junta Suprema de Valencia, en donde se imprimió por primera vez, suplicándole que la mandase poner en francés y dispusiese su introducción en los pueblos limítrofes de la Francia; cuyo suceso ignoro. Después se publicó en Madrid como se anunció en una de aquellas gacetas. Y últimamente, a mi llegada a México hice que se pusiese en los diarios, y se dio al público en efecto en los diarios de 11, 12 y 13 de noviembre de 1808. El tenor solo de esta proclama basta para indemnizarme de la atroz calumnia de los cabecillas insurgentes, que han hecho creer a los idiotas que los siguen, que yo había tratado en París con Bonaparte y venía de su emisario.— *Manuel Abad Queipo*.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602